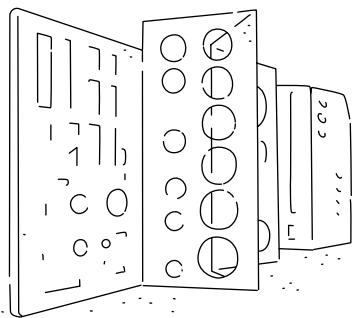


MARCELA SINCLAIR
NAVE



Hay una risueña malicia en una obra que convierte un elemento escolar en un fantasma geométrico de hierro. *Nave* es un conjunto escultórico inspirado en las plantillas de dibujo técnico, esos objetos que perdieron su uso con la llegada de la era digital y que hoy solo podemos encontrar en viejas librerías escolares. Las plantillas en *Nave* son varias —ocho planos intercalados— y están reproducidas en hierro a escala gigante. Y el hierro, elemento expresivo por naturaleza, atraviesa su inexorable proceso de oxidación. Una viene por la calle y divisa *Nave*. De lejos, recuerda una extraña formación geológica como el corte en la tierra que se ve en la mítica pintura de Roberto Aizenberg *Padre e hijo contemplando la sombra de un día*. Pero, al acercarse, la obra cambia: el placer visual troca en tensión; su geometría se impone como una ciudad abandonada o un barco encallado en medio

del asfalto. En *Nave*, el despliegue de formas caladas y herrumbradas pone en evidencia la belleza ornamental de esos olvidados objetos y logra transmutar algo insignificante en una arquitectura de exquisito misterio. Por eso, la idea de emplazar *Nave* frente a un colegio parece tan acertada: la niñez y la adolescencia tienen sus secretos y tantas cosas sin nombrar. Son esos momentos donde una cartuchera puede ser un castillo, pero también son esos lugares “donde viven los monstruos”. Como en el libro de Maurice Sendak, la obra de Marcela Sinclair nos muestra cómo encontrar dentro nuestro la herramienta más eficaz con la que venimos equipados al mundo: la imaginación.